

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 14 DE ABRIL

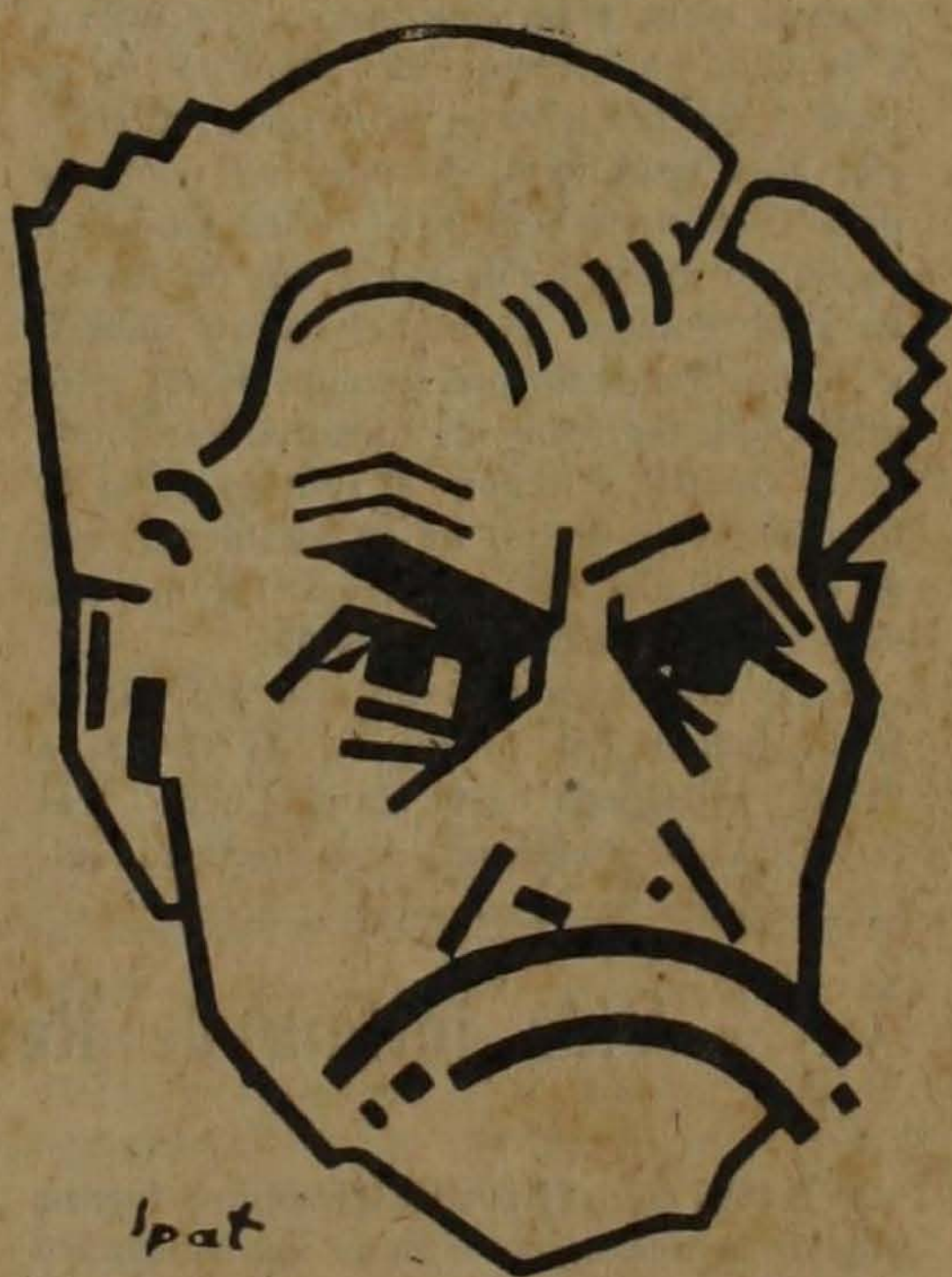
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Vida íntima de Ramsay Mac Donald

Influencia de su esposa

«Volver hacia ella los ojos en días de tormenta y de angustia, era como hallar un puerto [seguro, donde las aguas son mansas, bajo la sonrisa del cielo].»

¿Cómo la mujer que inspiró estas palabras no había de conducir a un hombre a las más nobles cimas, ni cómo el hombre que las escribió no había de ser capaz de las más grandes empresas? Acaso aquí esté la clave de que sea Ramsay Mac Donald, y no otro, el actual gobernante de la Gran Bretaña. Porque el primer Jefe laborista del Gobierno inglés, a juicio de M. B. Saunders, corresponsal del *Boston Globe*, «le debe mucho a su matrimonio con una mujer cuyos bienes de fortuna le procuraron la independencia necesaria para llegar a la jefatura del partido». Sin embargo—agrega Mr. Saunders—antes que sus bienes materiales, cuantiosos por cierto, fueron la simpatía de ella, su cultura, sus relaciones sociales y su fervor por la doctrina socialista, los que condujeron al oscuro líder laborista a las mayores alturas. Pertenecía ella a una familia distinguida y acomodada, y su alianza con Mac Donald puso fin a «los días de miseria y de lucha». Murió en 1911, y su marido le consagró una corta biografía, singularmente afectuosa, en la cual confiesa la magnitud de la deuda que contrajo



MR. RAMSAY MAC DONALD

(Revue Contemporaine, París).

para con ella. Su primer encuentro se verificó en circunstancias singulares. Un día, aún pobre y prácticamente ignorado, al

llegar a su oficina, Mac Donald, refiere Mr. Saunders:

«Encontró una carta firmada por una persona desconocida. Contenía una generosa contribución para la causa defendida por el joven político, junto con frases de confianza en sus principios y votos por el buen éxito de su campaña. Recibir cartas de personas desconocidas no era cosa rara, mas sí lo era recibirlas acompañadas de una contribución en dinero. Muy agradecido, Mac Donald prosiguió la campaña con nuevos bríos, hasta que llegó el día de las elecciones. El joven candidato laborista fué derrotado, y lo que es peor, su salud se alteró en términos de verse obligado a guardar cama.

»De nuevo recibió una carta de una persona desconocida. La misma persona. Su nombre era Margaret Ethel Gladstone. Era hija de un distinguido profesor y sobrina de Lord Kelvin, el célebre sabio. Por rango y por posición, esta mujer estaba muy distanciada del humilde hijo de labradores, pero se hallaba identificada con él en principios y en ideas. Se conocieron y ocurrió lo inevitable. Se enamoraron mutuamente. A partir del día en que se conocieron, se amaron en silencio, y así continuaron mucho tiempo asechando la ocasión de confesarse su pasión mutua.

(Pasa a la página siguiente).

Un comentario

COMPLACE la publicación en *Repertorio Americano*, de trabajos acerca de la reforma implantada por Giovanni Gentile⁽¹⁾. Es importante que se conozca aquí ese movimiento, como lo es la difusión de la obra del filósofo italiano. Y diremos más: como es importante difundir la cultura italiana. En la Escuela Normal solemos aconsejar a

los estudiantes que procuren conocer el pensamiento de Italia, y aun nos permitimos sugerirles que busquen en su lengua una vía de fácil acceso a la cultura de otras razas. El trabajo de traducción y comentario sigue siendo fecundo en Italia. Es sabido, por ejemplo, que al pensamiento alemán se llega por ahí con relativa facilidad.

De España y de Francia estamos cerca, pero no de Italia. Aunque tampoco estamos tan cerca de Francia como conviene. Pen-

samos, al hacer tales afirmaciones, en las ideas americanistas de que *Repertorio Americano* es noble vehículo.

Hay la América por la América y la América por España, como hay en las ideas de esta hora intentos de concebir la América por Francia y acaso la América por Italia; pero parece cierto que todo ello viene a quedar subordinado a la amplitud de un superior concepto de latinidad como el expresado en la carta de Romain Rolland al señor Vasconcelos. Juzgamos que tal forma se aproxima más a la de una América Humana. Por lo que, del señor Vasconcelos no admiramos tanto las con-

(1) Véase *Repertorio Americano*, nº 2, del tomo en curso.

cepciones del porvenir de América, como el poseerlas sin mácula de odio. Nuestra fe es que el odio niega la espiritualidad y, por lo mismo, conspira a imposibilitar toda relación lógica, armónica, entre las tendencias culturales de los pueblos, los impulsos de evolución racial y las urgencias normativas de la civilización. Mas de esto habrá que hablar con calma algún día, quizás dentro de las formas de una naciente concepción de la historia.

* *

Con motivo de la publicación referente a Gentile, hemos vuelto a tener en las manos su libro *Discorsi di Religione*. Y hemos creído que convendría citar algunos párrafos al objeto de mostrar, siquiera parcialmente, la génesis filosófica de la reforma educacional. Hay en ello la conveniencia de contribuir a evitar que, mal interpretada la posición de Gentile, se pretenda confundirla con ciertas actitudes reaccionarias. (Un estudio serio de la cuestión—que ha sido prolijamente debatida—requeriría un trabajo superior en mucho a estos breves apuntamientos).

* *

El primero de los discursos se refiere al problema político. Se puede decir que en ese capítulo se trata, sintéticamente, de la historia, mejor dicho de la evolución y de la filosofía del laicismo. Una idea somera del criterio dominante en el discurso se tiene en presencia de sus párrafos finales.

La religiosidad no puede ser del Estado si no es del pueblo, es decir, del individuo, en el cual el Estado adquiere conciencia de sí y, por lo mismo, realidad. Y si el Estado no debe ser algo de abstracto y utópico, sino la forma concreta de la vida de un pueblo, en el Estado—por ejemplo, en su cultura como la representa la escuela—no es realizable forma religiosa que no tenga su raíz en la conciencia popular. El Estado debe mirar a la Iglesia como aliada, no por lo que ella tenga de particular en cuanto es una Iglesia entre las otras; sino por aquello en lo cual todas las iglesias se acuerdan para la persecución de un ideal común. Ahí reside la fuerza de la Iglesia que el Estado debe reconocer.

La Iglesia, de su parte, debe abandonar la antigua pretensión de prerrogativas y privilegios no pertinentes al carácter de la misión que cumple. El Estado, sin combatir ninguna particular forma religiosa, debe reconocer y afirmar el valor de la religión como ella vive a través de todas las formas.

Gentile aclara el concepto con una justa comparación. Cada hombre de gusto le tributa homenaje a la poesía sin confinarlo en la contemplación de un solo poeta. Y el poeta, el verdadero poeta, por grande que sea, no ambiciona otro aplauso que el del espíritu abierto a la apreciación de toda divina forma de belleza.

El problema religioso de la política no es, pues, el de las relaciones entre la Iglesia

y el Estado. No cabe renunciar a la autonomía y soberanía del Estado. Afirmandolas, se le atribuye a éste no sólo un fin de cultura abstracta sino de plena formación de las energías espirituales. Mas reconocido el carácter intrínsecamente religioso de la vida, se reconocerá que tal formación no logra ser intelectual sin ser, a la vez, moral y religiosa.

De esto, en todos sus complejos aspectos, se trata en el discurso segundo. «La vida humana es vida espiritual». Tal es el postulado cardinal. «El espíritu es libertad; la naturaleza, mecanismo».

De ahí la otra afirmación: la vida humana es pensamiento. Pensar es filosofar. Y filosofar no es afirmar el sujeto ni el objeto, sino ambos. Lo que conduce rectamente a la afirmación de la esencialidad moral de vida humana. Porque la vida espiritual viene a ser *concretezza di pensiero*, y la vida en su concreta plenitud no es para el hombre ni arte, ni religión, ni ciencia, sino moralidad, ya que no podemos pasar—advirtiendo Gentile—de un momento moral de nuestra vida a otro que no lo sea. La vida humana es esencialmente moral, y lo que llamamos prácticamente moral es lo mismo que teóricamente filosofía. Por donde entra Gentile a definir el sentido de la filosofía, mejor dicho, de su problema, que es el problema del idealismo. La filosofía es idealismo después de Platón.

Traza brevemente Gentile la síntesis de la evolución del idealismo, de Grecia a Cristo, y después hasta Kant. Luego, tras la crítica del idealismo, de penetración ad-

mirable, formula el concepto del idealismo actual, que es trascendental y absoluto, pero antintelectualista y antivoluntarista. El pensamiento, dice Gentile, en su actualidad, como autocreación de la realidad absoluta, identifica en un todo el querer y el conocer.

¿Tal posición es religiosa o impía? Siendo el idealismo moderno el concepto de la realidad como autoconciencia, y siendo ésta sujeto, y éste, sujeto en cuanto es objeto de sí mismo, la realidad del espíritu y la del objeto se confunden—lo que, salvo al modo de la vieja psicología metafísica, ha de concebirse dialécticamente como *alteritá* del objeto y vida del objeto. Este es así infinito y, en lo tanto, trascendente y divino. Por lo que la filosofía debe contener a la religión. Y debe darle conciencia al hombre de esta inmanente necesidad de la inherencia de la religión o de la presencia de Dios en la vida concreta del espíritu.

* *

El tercer discurso termina así—en parte: el morir de la religión es el vivir del espíritu, el cual vive la religión superándola, y superándola realiza el bien y cumple su misión eterna por sobre todas las religiones.

.....
Gentile, como Alfredo Loisy, parece pensar en la Religión de la Humanidad.

OMAR DENGÓ

Heredia, marzo, 1924.

Vida íntima de Ramsay Mac Donald...

(Viene de la página anterior).

»En 1896 contrajeron matrimonio y fueron a vivir a una casita situada en Lincoln's Inn. Fields. Margaret Gladstone puso a disposición de Ramsay Mac Donald todas las ventajas de su posición. Lo ayudó en sus labores políticas, alejó de él todo motivo de desaliento, lo confortó con su fe profunda y, en una palabra, ofrendóle a él y a los principios por los cuales luchaba, la vida entera.

»A su modesta residencia acudían innumerables visitantes, amigos y aliados unos, desconocidos los más. Su casa se hallaba abierta para todos, y en ella se recibía lo mismo al pobre que al rico, de suerte que ella llegó a convertirse en el lugar de cita preferido de cuantos soñaban con reformar el mundo: socialistas de Holanda y de Inglaterra; intelectuales de Italia; soñadores y utopistas rusos, muchos de los cuales habían pasado veinte años en Siberia por su amor a la causa de la libertad. A toda esta gente se la recibía en dos pequeñas habitaciones, cuyos muros, desde el suelo al techo, se hallaban recubiertos de libros, y allí se discutían todas las cosas que es posible discutir bajo el sol. Refiriéndose a esos días de entusiasmo y de generosa fer-

mentación, Mac Donald dice: «Algo surgía de la superficie social en todos los países del mundo; algo vigoroso digno de escucharse, algo, en cuya virtud, tarde o temprano, las desigualdades sociales habrían de enderezarse».

Pero veamos lo que acerca de la dueña de casa dice Mr. Saunders:

«Era bella y excepcionalmente buena. Bastábale saber que alguien necesitaba de su ayuda, para que inmediatamente acudiese a prestarle su auxilio. Su espíritu humanitario era capaz de habérselas con el universo entero. Por eso, el secreto de la atracción que sobre ella ejerció Ramsay Mac Donald, estuvo, tal vez, en el sincero entusiasmo con que el líder laborista luchaba por mejorar las condiciones de vida del pueblo y de los desheredados. Impresionáronla los encendidos discursos del joven en favor del proletariado, y el brillo profético que lucía en sus ojos al pronunciarlas.

»Era franca y leal en la conversación, y sus palabras eran graves y precisas cuando se trataba de asuntos vitales, pero alegres y afables en la charla familiar. Refirién-

dose a su carácter, Ramsay Mac Donald dice en la biografía que consagra a su memoria: «Volver hacia ella los ojos en días de tormenta y de angustia, era como hallar un puerto seguro, donde las aguas son mansas, bajo la sonrisa del cielo».

Quince años duró esta idílica existencia. Cuando las cosas se complicaban demasiado en Londres, la pareja iba a pasar cortas temporadas a una pequeña casa de campo situada en Chiltern Hills, o bien a Escocia, a la humilde aldea de pescadores en donde se deslizó la estudiosa adolescencia de Mr. Mac Donald.

«Más tarde, la pareja emprendió viajes por el Canadá, los Estados Unidos, Africa del Sur, la India y demás colonias inglesas. También recorrió todo el Continente europeo. Muy pocos Jefes de Gabinete ha habido en Inglaterra que conozcan tan bien el Imperio y en general, el mundo, como Mr. Mac Donald. Viajó, no por diversión, sino para informarse, y la inapreciable experiencia que dan los viajes se la debió también a su mujer. Durante esos viajes, escribió algunos libros y muchos artículos. Y sea ésta la ocasión de decir que Mr. Ramsay Mac Donald escribe con un estilo y con una gracia que ya quisieran para sí muchos literatos célebres.

«Estos días de felicidad y bonanza se prolongaron por espacio de quince años. Los fundamentos del actual Labour Party estaban echados, y Mac Donald, en colaboración con Keir Hardie, era su fundador. Habíanse realizado grandes cosas... ¿Mas no es justo decir que la verdadera fundadora del partido había sido Margaret Mac Donald, pues se lo había facilitado todo a su marido?»

Pero había una distancia larga y dura de recorrer entre esos días de idilio y el gobierno de la patria. La esposa de Mac Donald murió en 1911, y durante algunos años el incansable político no pareció darse cuenta de donde estaba, según cuentan sus amigos. Finalmente, llegó el día en que se vieron animados grupos de pescadores discutiendo y conversando animadamente por todas las faldas de los cerros de Moryshire, en Escocia. No era nada menos sino que un paisano suyo, Ramsay Mac Donald, acababa de ser llamado por el Rey para confiarle el timón y la escoba de un bote mucho más grande que el más grande que en los mayores delirios de su fantasía hubieran podido imaginar aquellas sencillas gentes.

Lo cierto es que nunca se puede prever a donde llegará un escocés. El hijo mismo de un humilde criado de estancia, como Ramsay Mac Donald, puede sentir en su pecho, mientras desempeña maquinalmente sus humildes menesteres, el fuego divino de los grandes destinos.

Aún viven en el pueblecillo de Lossiemouth, quienes se sentaron en los bancos de la escuela donde el joven Mac Donald con sus incesantes preguntas al maestro hacía estallar a los muchachos en cuchicheos burlones, y a las muchachas, en carcajadas contenidas. Pero esos no sabían que

el preguntón, cuando ellos ya ensordecían las calles con sus bufonadas, continuaba recibiendo la lección del anciano maestro, los ojos bien abiertos, el ceño fruncido, y el espíritu insaciado e insaciable.

Amaneció un día en que Lossiemouth fué demasiado estrecho. Allí abajo, envuelto en la indecisa neblina, el dedo de Londres le hacía señas, señas de que viniese. Y el muchacho vino, y de una vez fué a dar en un almacén donde por 15 chelines semanales facturaba mercancías.

Muchos días pasó sin almorzar, dedicando la hora del mediodía a alimentar el espíritu en la biblioteca del Guildhall. De noche estudiaba sin tregua ni descanso, apasionado por las ciencias naturales. Un momento se hubiera creído que el campo científico sería el de sus triunfos, pero la rueda de su fortuna cambia repentinamente de rumbo, y lo llevó a la política.

De ahí pasó a Secretario privado de Thomas Lough, con \$ 375 anuales y algo de tiempo libre, que empleaba íntegramente en estudiar y escribir. Sus labores en la Prensa aumentaron considerablemente sus entradas de dinero; y el fondo de sus conocimientos. Con las primeras le edificó a su madre una nueva casa en Lossiemouth, allá donde el mar ruge, y pájaros extraños pasan rozando las olas. Con el segundo creció él mismo en sabiduría, y en su corazón creció el amor por sus semejantes.

Una naturaleza tan sensible como la suya es naturalmente impresionable. Una de las figuras del día era entonces Keir Hardie, y sin duda a la influencia de este hombre se debieron en mucho las certezas que en el ánimo de Mac Donald precedieron a su abandono del Partido liberal. Sea como fuere, en 1894 escribió a Hardie sobre la organización de un partido laborista independiente, y manifestándole sus intenciones de enderezar su destino hacia ese lado. De esta suerte lo encontramos en lo fino de la lucha de 1895, con el partido del trabajo.

Las elecciones le fueron impropicias, pero de la derrota nació la fortuna. Claro está que no se habla aquí de la fortuna material, aunque haya habido algunos lo bastante injustos para afirmar que Ramsay Mac Donald, el que ha dedicado todas sus energías al mejoramiento de sus compatriotas, el que en su ansia de felicidad para todos ha visto más allá de los límites de su país, el que se ha avergonzado de las pequeñas envidias que han nacido a su rededor, ha sido un mero buscador de fortuna pecuniaria.

Vino luego 1911, el año luctuoso para Mac Donald. En febrero, cuando la alegría precursora de la primavera comienza a brillar en todo Londres, murió su hijo menor. Ocho días más tarde, su anciana madre. Y por último, en setiembre, el ser a quien Ramsay Mac Donald amó más intensamente. Tan rudos golpes lo agobiaron. Hundiéronse los ojos, y los cabellos se le tornaron grises. Con los cuatro niños que le

quedaron se retiró a Hampstead. Toda la luz de su vida pareció haberse extinguido. Pero de pronto un día el varón fuerte alzó la cabeza, y se propuso que el mejor monumento a la memoria de la querida esposa ausente para siempre, sería su propia vida entregada a continuar la grande obra que con la colaboración de ella había comenzado.

Antes de volver a la vida pública escribió una remembranza de ella, que editó privadamente, y a la cual pertenece el siguiente párrafo:

«Doy remate a este modesto tributo, que he querido rendir a su memoria, en el mismo lugar en que lo empecé, y que es la misma casa a donde vinimos juntos por vez primera. Acabo de recorrer un paseo por donde a ella le gustaba caminar en las primeras horas de la noche. La ancha bóveda del cielo centelleaba de luces, como cuando ella y yo nos paseábamos del brazo, resaltando ella como una gema preciosa en medio de las tinieblas de lo incierto; el mar gruñía lo mismo que cuando ella se detuvo y me dijo: «No hablemos; caminemos en silencio, porque así nos comunicamos con más verdad». El siniestro chillido de un ave nocturna resonó ahora igual que entonces, cuando ella vino aquí por primera vez, y se sobrecogió y dijo que se cansaba de admirar y admirar el misterio que encierra el corazón de lo infinito».

La muerte de su esposa fué para Mac Donald un golpe dolorosísimo, del cual tardó mucho en reponerse. La obsesión de la muerte lo persiguió a tarde y a mañana. «A veces me parecía, dice Ramsay Mac Donald, que ella me hablaba y me daba consejos, como antes solía».

Durante la guerra, Mac Donald perteneció al grupo de laboristas radicales que opinaban que Inglaterra debía mantenerse neutral, lo cual lo hizo objeto de furiosos ataques por la Prensa y en el Parlamento. Conservó, sin embargo, el respeto y la admiración de muchos personajes importantes, que se hallaban en desacuerdo con él, especialmente Mr. Lloyd George.

Refiriéndose a su carácter y a su maravillosa carrera, Mr. Joseph W. Grig escribe en el *New York Herald*:

«Mac Donald, como Stanley Baldwin y como Lloyd George, es gran fumador de pipa. Comparte con ellos el gusto por la vida de campo, aunque quizás en mayor medida que ellos, y como Lloyd George, es un entusiasta jugador de golf.

«Mac Donald posee dos casas: la una en el Distrito de Hampstead, en Londres, y la otra en Lossiemouth, en Escocia. En esta última acostumbra pasar los veranos y la Nochebuena en compañía de sus hijos. Los días de fiesta lee en familia a Walter Scott. En ambas casas hay abundantes y selectas bibliotecas, en las cuales predominan los libros de literatura escocesa, poesía, novelas, leyendas, aparte de las secciones filosófica y científica.

«Los poetas favoritos de Mac Donald, son en el orden en que se nombran: Walt

Whitman, Milton, Wordsworth, Arnold, Byron, Scott, Burns y Keats. Sabe declamar sus poesías con admirable propiedad y sentimiento.

«Uno de sus más grandes amigos era Lord Morley, el famoso político y ensayista de la era victoriana, muerto recientemente. Casi todos los domingos iba a visitarlo. También es amigo íntimo de Thomas Hardy.

«Lloyd George ha sido siempre grande admirador del político escocés, a pesar de que sus opiniones en política son muy diferentes y aun contrarias. Cuando se atacaba a Mac Donald por su pacifismo, Lloyd George declaró:

«Mac Donald es uno de mis más gran-

des amigos. Y ya sea partidario o no de la guerra, mis labios no pronunciarán una sola palabra contra él».

«Mr. Ramsay Mac Donald es de mediana estatura, de contextura recia, y sus cabellos son grises. Su traje es sencillo y generalmente usa cuello y sombrero flojos. Sus ojos, de un gris azul, tienen mucha vivacidad y en ellos arde un fuego interno. Es hombre capaz de experimentar grandes emociones y de comunicárselas a los demás, pero su dominio de sí mismo es absoluto».

Nueva York, febrero de 1924.

(De *The Literary Digest*, Trad. de *Lecturas Dominicales*, Bogotá).

Testamento político del General Herrera

Bogotá, febrero 29 de 1924.

Señor Director de *El Espectador*:

Cumplo con el penoso deber, como depositario que he sido de tan valioso documento, de enviar a usted copia de la última disposición dictada por el señor General Benjamín Herrera, Jefe Supremo del Partido Liberal de Colombia, que acaba de fallecer.

«Colocado al frente de los destinos del liberalismo colombiano por la voluntad casi unánime y reiterada de mis copartidarios, quienes en distintas ocasiones y en forma solemne y plebiscitaria me han ratificado sus poderes y dado señaladas y muy honrosas pruebas de su confianza, que sé agradecer muy sinceramente, he dedicado todos mis esfuerzos y toda mi voluntad, aunados a mi ferviente e invariable amor a la causa de la democracia, a servir con lealtad y sin ninguna vacilación los intereses de mi partido en la forma que yo he considerado, de acuerdo con mi conciencia, que los servía con eficacia y dentro de sus generosas aspiraciones políticas y sociales. Si he obrado dentro de estos propósitos y si he sido leal a mi causa, a la Patria y a la confianza que en mí depositó la colectividad, no me corresponde a mí decirlo: ese fallo lo dictarán mis copartidarios y mis compatriotas, y corresponderá a la historia recogerlos. A él someto tranquilamente el examen de mis actos políticos.

Declaro con patriótico orgullo que he tratado de servir a mi país con desinterés y con sincero amor; con la constante preocupación de verlo regido por instituciones genuinamente republicanas y por sistemas de la más austera probidad política y administrativa y que mi corazón ha palpitado siempre al calor del más vivo entusiasmo por las ideas democráticas. Otra preocupación constante de mis

actos fue la de ver realizadas las aspiraciones del pueblo por el esfuerzo del partido liberal, como que ellas son base fundamental de su programa, y porque, como en alguna ocasión lo expresé, el proletariado «es sangre de la sangre y hueso de los huesos del liberalismo». Ojalá que este anhelo de mi alma sea realizado ampliamente por mis copartidarios.

Si hubiere llegado ya para mí la hora final, y seguro como estoy de que si el partido carece en un momento imprevisto de una dirección que cuente con suficiente prestigio, se anarquizaría por el desconcierto, a la vez que perdería la incontrastable fuerza que hoy representa por su unidad y disciplina, incapacitándolo así para la conquista del Poder que yo veo muy cercana, hago a mis copartidarios el más solemne encarecimiento como un acto de noble abnegación, de sincero amor al partido y de una última y muy valiosa deferencia hacia mí, que acojan las siguientes instrucciones:

Primera.—Sostener en todo su vigor, mientras no sean movilizadas por quien para ello tenga autoridad suficiente, las normas de la Convención de Ibagué, y la decorosa política que en su desarrollo y dentro del Estatuto Orgánico ha seguido la Dirección Nacional.

Segunda.—Insistir en la reunión de la Convención Nacional en Medellín, en las condiciones que señaló la resolución de convocatoria.

Tercera.—Mantener, intensificándola más, la actual organización del partido, con la misma lealtad y el mismo entusiasmo con que se ha mantenido hasta hoy, con muy pocas excepciones.

Cuarta.—Apoyar decididamente, hasta asegurar su definitivo y regular funcionamiento, la Universidad Libre, que yo estimo como la obra más tras-

cendental del liberalismo en sus últimos tiempos.

Quinta.—Intensificar, reorganizándola, la percepción del fondo del partido, sin el cual no es posible realizar la labor directiva en forma eficaz ni mantener organizada la Colectividad.

Sexta.—Apoyar y conservar *El Diario Nacional* como órgano del partido. La Convención verá la manera de atender a los compromisos que la Dirección general contrajo cuando adquirió aquella empresa para la Colectividad.

Delego en los señores Tomás Uribe Uribe, Antonio Samper Uribe y Paulo Emilio Bustamante, como principales, y Antonio José Montoya, Carmelo Arango y Alberto Carmelo Suárez, como suplentes, en su orden, las facultades que depositó en mí el partido, y hago a éste la más encarecida excitación para que apoye y rodee a mis delegados, mientras la Convención, como cuerpo soberano de la Colectividad, resuelve lo conveniente.

Constituyo depositario de mi archivo particular a mi Secretario, señor Enrique Vélez, para que haga de él el uso que más convenga a los intereses de la República y del Liberalismo, para lo cual obrará de acuerdo con la Dirección Nacional del Partido.

B. HERRERA».

De usted atento, seguro servidor y copartidario,

ENRIQUE VÉLEZ

(Cromos, Bogotá).

Cuéntase de uno de los hombres más preclaros de la vieja Grecia, que abatido por la miseria y el dolor de verse abandonado por su poderoso discípulo, Pericles, resolvió morir de hambre. Cuando de ello enteróse el gran estadista heleno, corrió presuroso a disuadirle, implorando su perdón. El maestro le contestó: «Pericles, los que han de cuidar de la luz de una lámpara necesitan verter en ella aceite». La raza no alumbra, a su vez, el camino de la historia sino en la medida en que irradia la luz de la cultura; ¿comenzaremos a preocuparnos de la luz de la lámpara?

FERNANDO DE LOS RÍOS



1) Página lírica

de Juana de Ibarbouro

LA ESPERA

¡Oh lino, madura que quiero tejer
sábanas del lecho donde dormiré
mi amante, que pronto, pronto tornará!
(Con la primavera tiene de volver).

¡Oh rosa, tu prieto capullo despliega!
Has de ser el pomo que arome su estancia.
Concentra colores, recoge fragancia,
dilata tus poros que mi amante llega.

Trabará con grillos de oro sus piernas.
Cadenas livianas del más limpio acero,
encargué con prisa, con prisa al herrero
Amor, que las hace brillantes y eternas.

Y sembré amapolas en toda la huerta.
¡Que nunca recuerde caminos ni sendas!
Fatiga: en sus nervios aprieta tus vendas,
Molicie: sé el perro que guarde la puerta.

VIDA-GARFIO

Amante: no me lleves, si muero, al camposanto.
A flor de tierra abre mi fosa, junto al riente
alboroto divino de alguna pajarera,
o junto a la encantada charla de alguna fuente.

A flor de tierra, amante. Casi sobre la tierra
donde el sol me caliente los huesos, y mis ojos
alargados en tallos, suban a ver de nuevo
la lámpara salvaje de los ocasos rojos.

A flor de tierra, amante. Que el tránsito así sea
más breve. Yo presiento
la lucha de mi carne por volver hacia arriba,
por sentir en sus átomos la frescura del viento.

Yo sé que acaso nunca allá abajo mis manos
podrán estarse quietas.
Que siempre como topos arañarán la tierra
en medio de las sombras estrujadas y prietas.

Arrójame semillas. Yo quiero que se enraicen
en la greda amarilla de mis huesos menguados.
¡Por la parda escalera de las raíces vivas
yo subiré a mirarte en los lirios morados!

OFRENDA

Cuido mi cuerpo moreno
como a un suntuoso marfil.
Cuido mi cuerpo moreno
para que de gracia lleno
sea del pie hasta el perfil.

Copa con vino de vida,
vaso con miel de pasión.

¡Copa con vino de vida,
y un ascua viva encendida
en lugar del corazón!

¡Oh, mi amante, te lo ofrendo
como un regalo de amor!
¡Oh, mi amante, te lo ofrendo
en el engarce estupendo
de mi chal multicolor!

Sangre-fuego, carne-cera,
olor a sol y a panal.
Sangre-fuego, carne-cera...
¡Te lo doy como si fuera
un raro bronce oriental!

LA CITA

Me he ceñido toda con un manto negro.
Estoy toda pálida, la mirada extática.
Y en los ojos tengo partida una estrella.
¡Dos triángulos rojos en mi faz hierática!

Ya ves que no luzco siquiera una joya
ni un lazo rosado, ni un ramo de dalias.
Y hasta me he quitado las hebillas ricas
de las correhuelas de mis dos sandalias.

Mas soy esta noche, sin oros ni sedas,
esbelta y morena como un lirio vivo.
Y estoy toda ungida de esencias de nardos.
Y soy toda suave bajo el manto esquivo.

Y en mi boca pálida florece ya el trémulo
clavel de mi beso que aguarda tu boca.
Y a mis manos largas se enrosca el deseo
como una invisible serpentina loca.

¡Descíñeme, amante! ¡Descíñeme, amante!
Bajo tu mirada surgiré como una
estatua vibrante sobre un plinto negro
hasta el que se arrastra como un can, la luna.

SALVAJE

Bebo del agua limpia y clara del arroyo
y vago por los campos teniendo por apoyo
un gajo de algarrobo liso, fuerte y pulido,
que en sus ramas sostuvo la dulzura de un nido.

Así paso los días, morena y descuidada,
sobre la suave alfombra de la grama aromada.
Comiendo de la carne jugosa de las fresas
o en busca de fragantes racimos de frambuesas.

Mi cuerpo está impregnado del aroma ardoroso
de los pastos maduros. Mi cabello sombrero

esparce, al destrenzarlo, olor a sol y a heno,
a salvia, a yerbabuena y a flores de centeno.

¡Soy libre, sana, alegre, juvenil y morena
cual si fuera la diosa del trigo y de la avena!

¡Soy casta como Diana
y huelo a hierba clara nacida en la mañana!

FUGITIVA

Gltona por las moras tempraneras,
es noche cuando torno a la alquería,
cansada de ambular, durante el día,
por la selva en procura de moreras.

Radiante, satisfecha y despeinada,
con un gajo de aroma en la cabeza,
parezco una morena satiresa
por la senda de acacias extraviada.

Mas me asalta el temor ardiente y vivo
de que me sigue un fauno en la penumbra,
tan cerca que mi oído ya columbra
el eco de su paso fugitivo.

Y huyo corriendo, palpitante y loca
de miedo, pues tan próximo parece,
que mi gajo de aromos se extremece
rozado por las barbas de su boca.

CAMPO DE PIEDRAS

1

De los hosclos cerros,
de los pedregales,
mana la tristeza
de la media tarde.

Sol que no fecunda
la tierra sin agua
y tuerce en angustia
las carquejas bravas.

Viento que no tiene
nada en que aromarse,
al cruzar hendiendo
los negros chilcales.

Rincón del planeta
que aún espera al hombre
y que se halla virgen
de afán y sudores.

Para él no tienen dolor las escarchas,
para él carece de mieles la lluvia,
porque no se ha hecho materno en un surco
ni nunca ha abrigado semilla ninguna.

¡Oh, Dios: manda a un hombre
que alce en él su casa
y que lo remueva
todo, hasta la entraña.

Que le fíe un árbol,
que le exija un huerto

que haga su esperanza
de este campo yermo.

Y torna a él tus ojos
una primavera,
para recrearte
con tu obra buena.

Igual que la estéril
a quien das un hijo
y que en risa y llanto
te agradece el niño,

Su oración de gracias
íntima y callada
a ti alzaré el mísero
que tocó tu gracia:

«Porque del estigma de ser insensible
Señor, me libraste;
porque has hecho un vientre y un seno fecundos
de la tierra llena de agrios pedregales;

Porque ahora conozco la inquietud y el gozo
y el valor de cuanto me cerca he aprendido;
porque ya he dejado de ser ciego y sordo,
¡por la vida eterna, Señor, te bendigo!»

2

¡Oh, Dios: manda a un hombre
que alce en él su casa
y que lo remueva
todo, hasta la entraña!

LA CANCIÓN

Mientras fui dichosa,
canté para mí.
De día y de noche la canción aquella
no encontraba fin.

La alcé en primavera con los labios dulces
de perfume y miel.
La alcé en el estío, con la boca bella
de tanto querer.

Rodaba mi canto como un viento suave
por cima y hondor.
Lo deseaban todos con ansia de gozo
para el corazón.

Cantaba y cantaba, por completo extraña
a todo sufrir.
Con los ojos sanos, con la vista limpia,
como ciega fui.

Mas la pena, un día, lo mismo que a un vaso,
quebró mi canción.
Poco estuve muda porque es ley sin tregua
que he de cantar yo.

Corazón en llaga tórnase vidente
y a la ajena angustia se da en cabezal.
De hoy en adelante por todos los hombres
tengo que cantar.

¡México: hazte valer!

1

Si de alguna teoría científica puede asegurarse que abrió nuevos rumbos a la especulación sociológica, situándose, como diría un aristotélico, en el «justo medio» que implica la verdad, esa teoría es la célebre afirmación de Mr. Franklin Giddings, Profesor de la Universidad de Columbia, que ve en los hechos de la vida social una firme y constante actuación de la *conciencia de la especie*. Porque, tender a explicar la sociedad humana por lo intrínseco y no espiritual es, en suma, negarla, dentro de un materialismo absurdo que disfraza la originalidad de las obras históricas, desde las más humildes hasta las más encumbradas; desde el fetiche polinesio hasta la religión cristiana; desde la incipiente organización política de la tribu nómada hasta el cíclopeo Imperio Romano, y desde la pintoresca danza semibárbara de los australianos hasta la tragedia de Esquilo y de Sófocles.

Conforme a la teoría de Giddings, el mismo hecho fundamental que une a los hombres entre sí, dentro de un grupo determinado, es la causa de la subdivisión del grupo y de la existencia separada de otros grupos humanos diferentes; porque todos tendemos, psíquicamente, a unirnos a lo que es como nosotros y apartarnos de lo que no se manifiesta por modo análogo a nuestra propia actividad. De esta suerte, lo semejante se une a lo semejante y se distingue de lo diferente. Por ejemplo: en un país dado existen diversas comuniones religiosas. Los individuos que tienen la misma fe, se unen entre sí; y los que profesan otras convicciones, forman otras comunidades de creyentes. Compruébase el principio aun dentro de los miembros de una misma familia. Todos son hijos del propio padre; todos han recibido educación semejante; sin embargo, los más afines por el temperamento y el carácter viven más estrechamente unidos. La «afinidad electiva», que dijo Goethe, es una forma de la conciencia de la especie. Y ha habido seres magníficos y excepcionales, como San Francisco de Asís, que, más sociables que todos los hombres, llevaron su comunidad victoriosa más allá también de los límites de la misma humanidad, llamando «su hermano» al perro, al viento y al Sol. Para el bienaventurado taumaturgo que se desposó con la «hermana pobreza», como dice Dante, después de trece siglos de viudez de la insigne dama, todo cabía en su anhelante co-

razón: malos y buenos, fuertes y débiles, seres animados e inanimados, todos tenían afinidad con él. Su amorosa entraña, su corazón desbordante, ardía como una ascua mística en el centro de la creación. Si los hombres fuésemos como él, la conciencia de la especie unificaría la existencia en una sociedad universal, y la hermana Muerte y el hermano Diablo serían aniquilados en una ala gigantesca de amor.

2

Pero, ¡qué lejos de este ideal de paz universal y sociedad única vivimos los hombres contemporáneos y, con especialidad, los mexicanos! Nuestra patria posee, por desgracia, una débil conciencia de la especie, una mortecina y anémica conciencia. En Francia, acaso la más unificada de las naciones de la historia, si acierta a volar un avión alemán traspasando la frontera oriental de la República, la nación entera se yergue como un solo individuo y se apercibe a vengar la afrenta recibida. Como por intermedio de una red magnética se comunican las voluntades y tienden a realizar el acto múltiple y único: la gallarda defensa de la patria en peligro. En México, durante la invasión norteamericana, ¡triste es declararlo!, algunos mexicanos pusieron sobre la República sus minúsculos odios de partido, y la acción múltiple no se pudo lograr. El enemigo, después de una serie de derrotas terribles, enarboló su pendón de victoria sobre el viejo palacio de los virreyes y así proclamó la debilidad de nuestra conciencia colectiva, tan afrentosa, al menos, como la misma derrota militar.

El más urgente de nuestros problemas estriba en difundir y propagar por todos los medios posibles el verdadero patriotismo, esto es, la conciencia de la colectividad mexicana. Nuestro individualismo exaltado, nos aísla de nuestros semejantes y nos aparta de nuestros prójimos, de nuestros hermanos. (Prójimo quiere decir próximo, cercano, inmediato).

¿Cómo vamos a amar a los extraños si nosotros mismos no nos podemos amar? Las razas que más se aman a sí mismas son las que mejor respetan y estiman a los extranjeros, las que poseen un espíritu más cordial. Véase en el caso de los Estados Unidos. Conscientes de sí mismos, y, por ello abiertos propiciamente a los emigrantes del mundo que, desde el corazón de Europa o desde las playas remotas del Oriente, concurren en Nueva York a colaborar con los nacionales y

a sentirse, bien pronto, ciudadanos del propio país.

Nuestro individualismo recalcitrante, no resulta de la superioridad espiritual que hace de cada hombre de genio una torre de Dios, aislada espléndidamente. No; procede más bien de nuestras terribles limitaciones psicológicas, de nuestras pasiones irreconciliables. ¡Qué pocos hombres geniales ha dado México a la humanidad! Un Morelos, una Juana Inés de la Cruz, quizás; un Manuel Gutiérrez Nájera o un Amado Nervo; un Joaquín García Icazbalceta... La enorme mayoría de los pobladores de este país no se distingue por los dones excepcionales de una individualidad psíquica poderosa, sino por la riqueza absurda de emociones hondas y vehementes que saltan como corceles desenfrenados sobre los privilegios incommovibles de la razón. Por eso todos queremos el primer lugar y maldecimos de los que lo ocupan. Por eso bregamos sin término en formidables contiendas públicas y privadas. Por eso nos herimos y nos despedazamos sin tregua, en tanto que otras naciones más venturosas se aman a sí mismas y se hacen valer. Nietzsche ha dicho: «sobre las puertas de nuestro tiempo está escrito: *hazte valer*». ¡México: *hazte valer*!

En la escuela, en el taller, en la iglesia, en el laboratorio, substituyamos la pasión con la compasión, la antipatía tradicional con la simpatía, la ofensa con la inteligencia y el perdón; porque si no nos amamos a nosotros mismos, ¡Santo Dios!, ¿quién nos amará?

Afiancemos los músculos de una nación que parece derrumbarse; organicemos nuestra conciencia de la especie, la conciencia nacional, hoy hecha añicos, átomos dispersos y enemigos; y que otros días venturosos contemplen a los mexicanos más próximos unos a otros en el plano misterioso y realísimo del alma. Al fin el amor es más fácil y menos molesto que el odio; significa descanso y no arrebató; confianza y paz. ¡México: hazte valer!

ANTONIO CASO

(Revista de Revistas, México, D. F.)



El General Herrera

No sería posible escribir un juicio exacto sobre el General Herrera en momentos en que aún parecen escucharse sus últimas palabras, reveladoras del temple heroico de su espíritu, cuando todavía no se han enfriado del todo esas manos fuertes de conductor de pueblos. El fatal desenlace apenas si permite meditar con amargura en la pérdida suprema que ha sufrido la República, en la desgracia irreparable caída sobre el liberalismo, que pierde en su Jefe al más grande de sus prestigios y al más insigne de sus servidores.

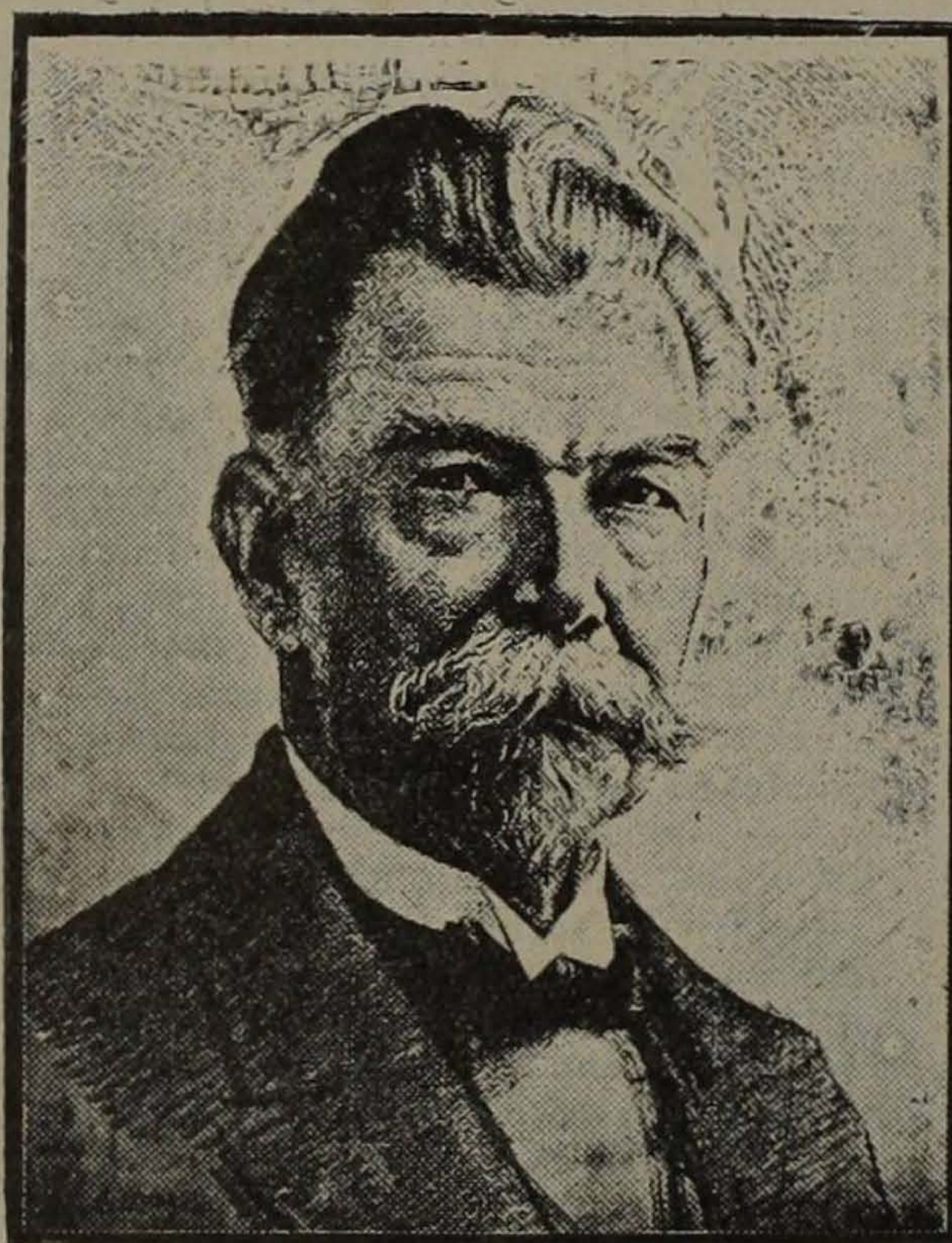
A lo largo de la vida del General que llegó a la vejez con sus energías intactas y con un vigor titánico que por muchos días logró mantener a raya al mal formidable que lo acosaba, se destacan como rasgos característicos, al lado de sus excelsas dotes de guerrero, su perfecta y diamantina honradez, su ardiente patriotismo y su amor ilimitado por la causa liberal. Hijo de su esfuerzo, escaló sin ajena ayuda las más altas posiciones, se impuso a todos por sus méritos incontestables y en trayectoria maravillosa, de modesto Oficial de la guardia colombiana pasó a ser no sólo el más grande de nuestros prestigios militares, sino también el primero de nuestros hombres civiles, y el Jefe indiscutible, y en muchas horas unánimemente seguido, de una colectividad política que correspondió a sus servicios con una devoción sin par en nuestra historia. Y jamás la calumnia pudo hacer mella en su reputación granítica, que era un timbre de honor para la Nación y le mereció ser considerado con justicia como el más alto modelo de desinterés y de austera probidad.

Bien conocidas son de todos sus dotes de caudillo, de organizador militar, de estratega; en las campañas en que tomó parte realizó a maravilla el ideal del Jefe, por su visión prodigiosa y su talento; por su valor y su serenidad; por su entereza indomable, a la cual daban los reveses mayor firmeza; por ese innato dón de mando que le rendía las voluntades y que en la hora de la tormenta crecía con ésta hasta superarla; por ese corazón leonino que en un instante crítico le hacía jugar la vida sin vacilar y le permitía reprimir insubordinaciones violentas armado sólo de su fiereza incontrastable, y de su auténtica superioridad. ¡Cuántas anécdotas de su vida de soldado nos lo pintan, erguido en su audacia intrépida, desafiando los más negros peligros, atreviéndose cuando todos vacilaban, restableciendo la disciplina cuando el pensarlo siquiera era ya temerario, aprisionando la victoria cuando el desastre parecía seguro, lleno de fe cuando los más creían todo perdido, y sonriendo con estoica tranquilidad

cuando la muerte parecía ya dueña de todas las salidas y lo cercaba con círculo de hierro menos fuerte que su valor y su fortuna!

* *

Pero no son sus dotes de guerrero las que más nos seducen; por sobre ellas resplandecen las de hombre civil, que fue revelándose cada día más al través de los laureles y de la gloria de su espada. En su campaña de Panamá, al lado del Jefe de un ejército vencedor, brilla con fulgor de intensidad creciente el patriota, el hombre de corazón generoso que aspira a civilizar la guerra, a impedir que ella cave abismos de odio entre hermanos, a ennoblecerlo con el calor de la hidalguía



[Gral. BENJAMÍN HERRERA

Calí, 1849.—Bogotá, febrero 29 de 1924.

(Dibujo de LEUDO. Cromas, Bogotá).

y de la misericordia. Dos documentos publicamos hoy, que lo muestran lleno de grandeza, rindiendo honores al compatriota vencido; pidiendo desde su altura de triunfador al Jefe adversario medidas para aplacar los furores de la contienda. Y más tarde, cuando vió que a su ejército vencedor le cerraba el paso una lúgubre amenaza de intervención extranjera, y que su triunfo podía ser peligroso para la unidad de la patria, el guerrero se eclipsó para que hablara sólo el patriota, y a la patria sacrificó Herrera algo más que su vida: la victoria que le sonreía ya, el ideal perseguido a través de mil combates y que él no vaciló en ofrendar ante la imagen de la República, cuya mutilación no supieron evitar los que de tal sacrificio fueron usufructuarios.

Un año después, a los oídos de Herrera llegó—en su retiro de Pamplona—la noticia de que sobre Panamá había caído el zarpazo del Norte, y se trataba de arrebatar a Colombia su más rica región. El ilustre caudillo había saboreado la amargura del Tratado violado, y sentía que el Gobierno no había comprendido la abnegación que implicaba el holocausto del «Wisconsin», y que éste no había dado los frutos de justicia y de verdad que él esperaba: sin embargo, no vaciló. Otra vez callaron en su alma todas las voces que no eran de amor patrio, y se apresuró a ofrecer sus servicios al Gobierno conservador para defender la común heredad, y a pedir a los liberales todos que lo imitaran y que ante el peligro extraño depusieran todo resentimiento y pensaran sólo en el interés nacional.

El Manifiesto que lanzó entonces bastaría para inmortalizarlo, si para ello no fuera suficiente el Tratado del «Wisconsin», y termina con palabras que deberían grabarse en letras de oro sobre los muros del Capitolio nacional, como el más alto grito de patriotismo, como la más noble y necesaria aspiración del alma nacional:

«Que los que soñaren en desmembrar u hollar impunemente el suelo colombiano prevalidos de nuestras querellas domésticas, sepan que ante el peligro de la patria, conservadores, nacionalistas y liberales perdemos esas denominaciones para llamarnos únicamente colombianos».

Si toda la vida fue el General Herrera liberal irrevocable, lo fue como colombiano que consideraba esa política la más fecunda y benéfica para la República. Los que no lo conocían, creían ver en él un rígido hombre de partido, combativo e intransigente, y falsificaban así su verdadero carácter. Nadie más amigo que él de la conciliación y de las transacciones decorosas; nadie que más rápidamente abandonara el punto de vista partidista cuando el interés general estaba de por medio. Entró en 1909 con lealtad y entusiasmo ardorosos en la unión republicana que dió en tierra con la dictadura y fue Jefe de esemovimiento, al que llevó a la victoria con la elección del Dr. Carlos E. Restrepo para Presidente de la República. Conocemos todas las intimidades de esa batalla política, referida por sus distintos autores, y nos consta hasta qué punto supremo la dirigió Herrera, y cómo suya fue la victoria, ganada con mayor esfuerzo, con más tesón, con más extraordinaria habilidad de las que fueron necesarias en Peralonso o Aguadulce. Y fue el director de ese enorme movimiento político que se llamó la Coalición, otro esfuerzo magno para formar una falange progresista con elementos de diversos campos y destinada a servir a la patria sin otra divisa que los tres colores del pabellón nacional.

(Pasa a la página 59)

Juana de Ibarbouro

JUANA de Ibarbouro es demasiado conocida para que necesite haceros su presentación. Y, sin embargo, por conocida que ella sea en alguna de sus composiciones, aun es ignorada en ciertos matices de su alma, acaso los de mayor valor.

Intimos y afectuosos lazos de amistad que a ella me ligan, me permiten tal vez mejor que a nadie, descubrir esos matices, que hacen de Juana algo más que la ninfa bella y despreocupada de sus poesías más conocidas.

Fresca, juvenil, encantadora, Juana apareció en el escenario lírico de América, en el instante propicio que necesitara su triunfo.

Nuestro mundo occidental, el único que consideramos en nuestro egoísmo como existente, salía apenas de la pesadilla de la Gran Tragedia. El espíritu, intoxicado de horror, anestesiado ya para el sufrimiento por el exceso mismo de la sangre y la devastación que habían superado a la más exacerbada de las imaginaciones, saturado de dolor, moral y físico, envenenado de Barbusse, de Andreieff y de Leonard Franck, escuchó una mañana inesperada, la fresca voz de agua de arroyo, de brisa perfumada, de alondra matutina, cuyos acentos había olvidado ya entre el fragor de las ametralladoras y la atmósfera irrespirable de los gases asfixiantes.

La tormenta bíblica, el terrible castigo del Jehová irritado contra los humanos, se alejaba ya bajo la sombra pacificadora de Versailles. Era entonces, la reacción violenta de la postguerra. La humanidad, sedienta de placer, de frivolidad, de

olvido, quemó alegremente en los últimos rescoldos de la guerra, sus grandes preocupaciones trascendentales; y la Idea, grave y profunda, se inclinó, vencida ante la Imaginación deslumbrante y engañadora. Fué el reino de la novela de aventuras, de los dancings y de los cinemas. Los hombres se rebelaron tenazmente a pensar y a sentir, en una salvadora reacción de su sensibilidad, abocada a la locura de la *Risa Roja*, o al embota-

miento de los egoísmos desatados.

Epoca de desquiciamiento, de desequilibrio, en que vivimos nosotros, que alejados del escenario de la tragedia teníamos un poco más de serenidad, vimos, decía, extrañamente sorprendidos, a las viudas recientes, aligerar sus velos y acortar sus faldas para danzar más libremente; vimos a los inválidos olvidar sus heridas para bailar grotescamente en un doloroso espectáculo de heroísmo ridiculizado; vimos a Europa enloquecida, reír, reír en su danza frenética alrededor de la hoguera en donde terminaba de consumirse una civilización magnífica, y en donde echaban todavía fulgores

deslumbrantes, antes de perecer, los últimos ideales de pureza, de rectitud y de desinterés.

El mismo frenesí de las pasiones desatadas, había de aquietarlas otra vez... La salvadora reacción de la sensibilidad la conservó, y aun la afinó. El placer no podía colmar el vacío enorme que dejara en las almas el fracaso de todo ideal... En una humanidad profundamente sacudida, cada espíritu se afianzó en una raíz diversa; y, como monstruoso tentáculo que quisiera agarrarse del cielo para no caer, se levantó la nueva fe del misticismo de postguerra.

Tal era el estado espiritual del mundo Occidente, cuando en este perdido rincón de América, se oyó la fresca y dulce voz de Juana de Ibarbouro; y ávida de serenidad, de paz y de alegría, América escuchó suspensa y estupefacta, el cantar de esa alondra que, como el rui-señor del monje del Valle Inclán, le hizo olvidar el rápido correr de las horas y de los días... Como una voz de la Naturaleza que nada sabe de sí misma, esta chicuela venida de Melo por los azares de un matrimonio juvenil, cantó su verso,



JUANA DE IBARBOURO

ignorante e inconsciente de su propia oportunidad.

A nadie sorprendió más que a ella misma ese triunfo sin precedentes en la literatura americana. Un artículo de *Caras y Caretas* dió la vuelta a América. Su retrato apareció en todas las revistas: y España y Francia, que habían vuelto los ojos a este continente, en busca de una amistad que desdeñaran durante tanto tiempo, se apresuraron a recoger este nuevo valor literario, y a ensalzarlo y a patrocinarlo, como gaje de solidaridad espiritual. La Editorial CERVANTES coronó la obra con la inclusión de Juana entre los mejores poetas del mundo.

Bien pudo decir entonces la milagrosa criatura, que se acostó una noche desconocida, y amaneció gloriosa. Un coro de alabanzas encendidas la rodeó como en una nube de incienso, la envolvió, la mareó, con su perfume demasiado capitoso. ¿Qué hubiera sido de ella y de su obra futura, si el destino, previsor una vez más, no la hubiera arrebatado de pronto a esa atmósfera enervante de los éxitos prematuros, para transportarla cruelmente a la aridez y la desolación de Santa Clara de Olimar?... Muchas veces hemos conversado largamente, verbalmente y por carta, con mi buena amiga, de este trágico contraste. Sola, alejada del bullicio y de la ficticia atmósfera de la adulación, Juana probó, por vez primera, la amargura de las ingratitudes, la falsedad interesada de ciertas alabanzas, la fragilidad y la inconsistencia de la gloria. Su espíritu niño maduró de golpe a la temperatura cruel del dolor; su voluntad se templó en la soledad; su alma se encontró ella misma frente a la realidad verdadera de su propio valer. Y en esa amarga revisión de sus afectos y de sus amigos, volvió engrandecida de sufrimiento y de vigor.

He aquí a Juana, a la verdadera Juana; mujer, ya no amante solamente; mujer dolorosa y nueva, renacida en el crisol reformante de la vida; que sabe de amarguras, y sabe de amores más hondos que el amor de la carne; que sabe de placeres más austeros que la gloria; que sabe de sacrificios y de deberes, y de renunciación.

Si en *Las Lenguas de Diamante* la nota del dolor sonaba falsa, cuánta sinceridad, cuánto dolor, hay en *La Cisterna*, en *Campo de Piedra*, en *La Canción*, en *Tregua*, en *Cementerio Campesino*!...

Esta es la Juana que quiero haceros conocer. Nada ha perdido de su gracia, que es en ella don del cielo; pero ésta se ha hecho más grave, con una melancolía dolorosa que la hace amar por más humana. Porque sólo el dolor nos acerca verdaderamente, y el placer nos separa, sin unirnos más que

con vana apariencia pasajera. Ya no la buscarán los que sólo deseen el olvido pasajero de sus penas en el placer sensual de sus primeras poesías, cuando ofrecía a la imaginación de sus lectores, el marfil de su cuerpo en *La Cita*, sus ansias de enamorada en *La Espera*, su sensualidad impaciente en *La Hora* y en *Ofrenda*, su gracia fresca y campesina en *Salvaje*, en *Rebelión*, en *Fugitiva*. Pero la amarán con más honda ternura los que busquen su alma bajo la belleza pasajera de su rostro, y saciarán su sed de humana simpatía en el dolor de *La Arboleda Inmóvil*, o en la desolada tristeza de *Cementerio Campesino*, que os voy a recordar:

¡Oh, muertos casi anónimos del cemento-
[rio árido
donde tan sólo hay piedras y una inmensa
[palmera
que hace cantar la brisa y pare cachos dulces
en los primeros meses de cada primavera!

Oh, muertos para quienes el silencio es
[enorme
y no se acaba nunca! ¿Será bueno dormir
mo ellos, sin nada que les aje el reposo?
¿Se está bien allá abajo, o desearán salir

Un día, a correr campos, a buscar de los
[hombres
el movimiento, el grito, la verticalidad,
cansados del descanso sin tregua, llenos de
[ansia
por la inquietud ardiente, viva, de la
ciudad?

¡Oh, muertos campesinos, hermanos de los
[otros
que duermen en el fondo frío y torvo del
[mar,
al arrullo monótono y salvaje del agua
que ahoga todo rezo y estrangula el cantar

De los vientos: yo clamo, yo clamo por
[vosotros
con el alma transida de infinita piedad.
¡Pobres muertos del campo a quienes nunca
[turba
el rumor de la vida honda de la ciudad!

LA CISTERNA

Parece que mi vida presente fuera un pozo,
una angosta cisterna profunda y circular
y que, desde su fondo, yo tiendo las dos
[manos
suplicantes y ávidas, al externo alentar.

¡Inútil es que alargue hieráticos los brazos,
que en gritos y oraciones me fatigue la voz!
La sombra es tan ceñida, tan honda es la
cisterna,
que en mí no ha de dar nunca la mirada de
[Dios.

LA ARBOLEDA INMOVIL

Es un bloc de pinos. Aunque dance el
[viento
más loco y borracho de este mes de julio,

parece que nunca sus copas se agitan,
se diría de hierro bajo el plenilunio.

Ha de tener nidos y ha de tener cantos,
mas está hechizada la arboleda ésa.
¡Qué ansiedad punzante me oprime las sienes
mirándola siempre tan quieta, tan quieta!

Su clamor es mudo como el de una estatua.
Yo siento en mis sueños su opaco alarido.
¡Oh, pampero: trénzate a todos los vientos,
sacúdela y dale la inquietud y el ruido!

En la noche pura, fantástica, clara,
¿qué obscuro atavismo me enlaza a su an-
[gustia?
Yo sé que fué alegre y alocada y niña.
Yo sé que en sus ramas se hamacó la lluvia.

Cuando llegue el alba lejana y helada
y el cansancio cierre mis ojos insomnes,
la arboleda inmóvil alzaré en mi sueño
su inmenso alarido que ignoran los hombres.

TREGUA

Mujer que te has venido con el alma es-
[trujada
por la ácida y torva vida de la ciudad:
cúrate en el silencio, ama tu casa aislada,
bendice este paréntesis, suave, de soledad.

Torna a ser como antes, dulce y despreo-
[cupada,
olvida que conoces cansancio y saciedad.
¡Que bajo tu corteza gris de civilizada
surja la campesina que adurmió la ciudad!

Con esta primavera tan cálida y soleada,
mujer, que te avergüence tu taciturnidad!

La otra, la Juana de *Las Lenguas de Diamante* y de *Ratz Salvaje*, tiene una alegría que ya no se encuentra en sus últimas composiciones. Su sensualismo—y voy a definir una vez más este término que tan mal se interpretó en otra ocasión—su sensualismo, que es predominio de su vida física, de sus sentidos frescos y agudos, de su visión maravillada, de su oído atento, de su tacto voluptuoso sobre la carne aterciopelada de la fruta o sobre las mejillas fragantes de su hijo, su sensualidad, que es predominio de sus sentidos sobre las preocupaciones abstractas de la Idea, su sensualismo primitivo de niño ávido ante el espectáculo maravilloso de las cosas, la acerca demasiado a la condesa de Noailles, para que encontremos en Juana toda la personalidad original que hubiéramos deseado.

Nocturne, por ejemplo, de la poetisa francesa, es la misma desesperación que traduce Juana en *Vida Garfio*, por la brevedad de la vida, y el contraste desolador de la juventud y la belleza, con la frialdad y la desintegración total de la materia. El mismo panteísmo sensualista, las hace desear a las dos transformarse en flor para no renunciar definitivamente a su belleza; y es

(Pasa a la página 61).

El General Herrera...

(Viene de la página 56).

Por eso, ese militar insuperable fué en los últimos veinte años el más generoso defensor de la paz y su baluarte más eficaz; él sabía los males que la guerra trae para el país y quiso evitarlos, poniendo en ello un noble empeño de todas las horas. En su carta a Olaya Herrera decía: «Sólo los que no saben lo qué es la guerra civil, pueden pensar en desencadenarla nuevamente sobre Colombia», y porque él lo sabía, fué una leal garantía de paz, y quería consolidarla de la única manera segura: por medio de la efectividad del derecho. En ese sentido su carta de hace una semana al General Ospina es un documento que gritará siempre las más grandes verdades, y una suprema admonición que todo patriota debe meditar con hondo recogimiento.

Amó al liberalismo más que nadie, con amor fuerte e ingenuo, con fe inquebrantable, pero no con pasión exclusiva e intolerante. Quince, veinte documentos políticos suyos acuden a nuestra memoria, que lo muestran tendiendo la mano para el esfuerzo solidario, poniendo siempre en alto la dignidad del Partido, pero sin sustraerlo a su papel de elemento de vida en la República. Si no fué suya la célebre frase, sí fué él quien le dió vida y carta de naturaleza en nuestra política: «La patria por encima de los partidos». Ella encerraba su constante pensamiento. Deseaba ver a su partido por sobre los demás, y lo deseaba con ardiente celo de apóstol, pero sobre él y por sobre todo veía a la patria, y ella fué la que inspiró más fuertes latidos a ese corazón de ciclope, que ayer, cuando ya la muerte lo invadía todo, aún palpitaba con sereno ritmo, y parecía mostrarse superior a la asfixia y al destino, corazón que permaneció firme hasta lo último y que no calló sino cuando en la trinchera derruida de esa vida preciosa era ya lo único que resistía en lucha imposible contra la eternidad.

**

Ante esos ojos cerrados para siempre, el Partido Liberal hace alto, y presenta sus armas presa de una angustia y una emoción indecibles. En el año pasado, fué la política del General objeto de censuras y reparos por circunstancias que quizás provenían más que de él, de otros elementos, pero en los últimos días, el General Herrera había vuelto a realizar la unión del Partido, sin esfuerzo y sin resistencia. La convocatoria de la Convención de Medellín, por todos aplaudida, acalló las recientes diferencias e hizo cesar las polémicas entre copartidarios; el memorial de agravios dirigido al Presidente de la República, y que él firmó con mano ya ardorosa por la fiebre, congregó en torno suyo a todos los liberales, y volvió a establecer la perfecta unión de los días en que con delirante entusiasmo el liberalismo aclamaba su nombre para

la primera Magistratura. Y esos dos documentos altísimos, llenos de un noble decoro y de un intenso sentimiento de justicia, hicieron que al embarcarse el General Herrera en las aguas del mar sin orillas, dejara tras de sí al liberalismo compacto, estrechamente unido en torno de su figura epónima, deseoso de realizar los ideales que él acarició hasta en su postrer instante, y a los cuales dedicó sus últimos pensamientos.

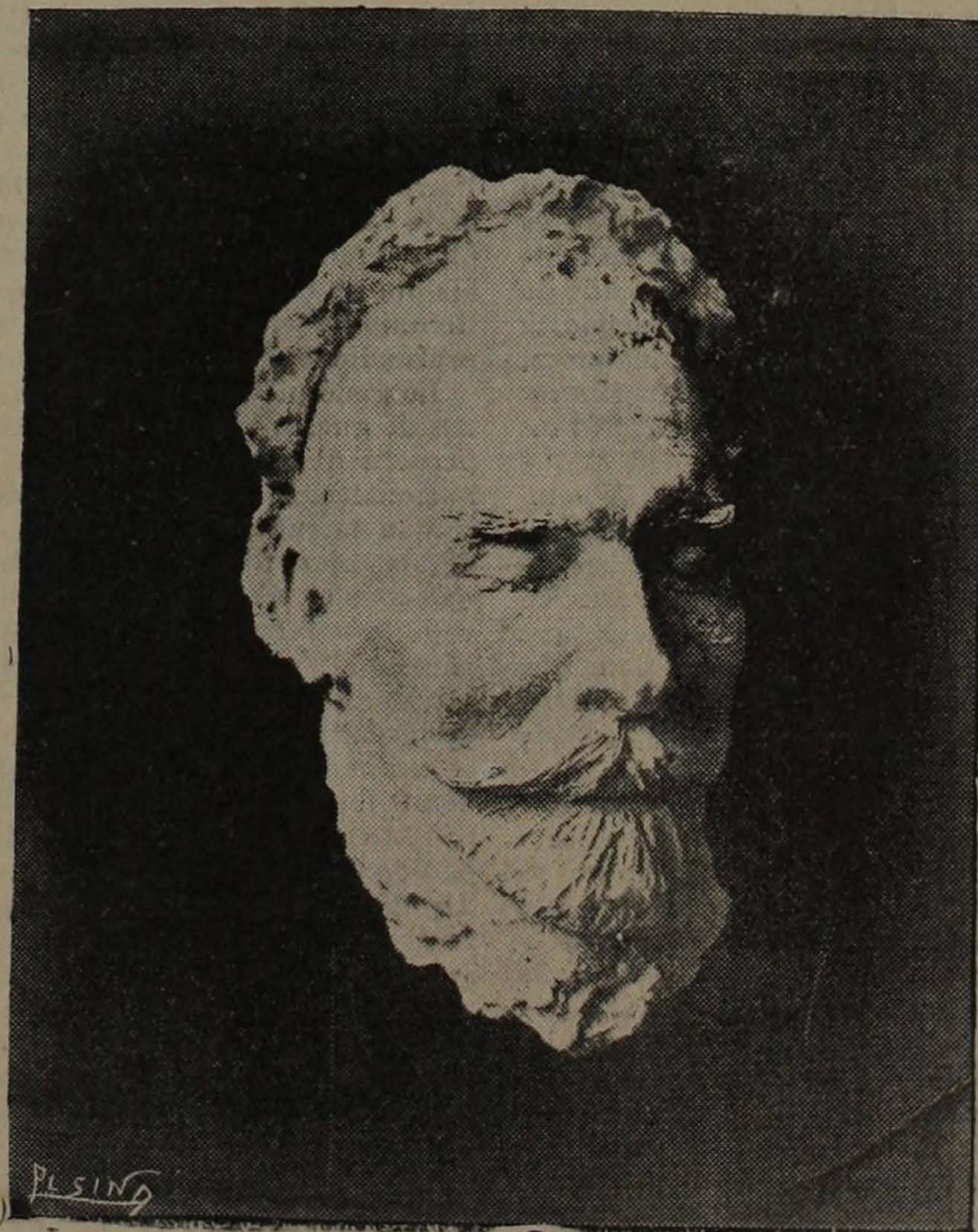
Para ese varón fuerte, que no supo de debilidades y amó la lucha con ardientísima varonil, no son homenaje adecuado las lágrimas, y él no quería ver al liberalismo acongojado en torno de su tumba, sino al contrario, sereno en medio de su dolor y atento a las enseñanzas que de esa vida se desprenden. Una resolución de vida y un acto de fe son mejor tributo a este gladiador que, al través de sus años, luchó por el liberalismo, y por la patria, y les prestó inmensos e invaluable servicios de alcance insospechado.

Hablando de Lincoln decía Wilson con ocasión del cincuentenario de su muerte,

que aquél no había muerto sino materialmente a manos del asesino, porque «las almas de los grandes hombres siguen caminando»; siguen iluminando los oscuros senderos por donde los pueblos enderezan sus pasos dolorosamente, dando consuelos y ejemplos, levantando a los que caen y dando fuerzas y energías a los que vacilan. El alma de Herrera también seguirá caminando junto al liberalismo, acompañándolo en sus luchas y mostrándole más allá de las pequeñas pasiones del momento, los altos fines que nunca deben ocultarse, las metas a donde se debe tender con anhelo generoso la dignidad y grandeza de la patria, la libertad de las inteligencias, el celo por la soberanía nacional, las garantías efectivas, la realidad del derecho, el triunfo de la democracia, la justicia para el pueblo, la resistencia viril e indomable a toda iniquidad, el empeño en poner siempre muy alto el nombre liberal, y en no tolerar que él sea agraviado impunemente.

**

La Nación entera, sobrecogida, se inclina ante los despojos mortales del General. En los más apartados rincones será llorado y su nombre volará hoy de boca en boca, y en todas despertará un sollozo o una pala-



Mascarilla del Gral. HERRERA

(Tomada por Fco. A. Cano, Cromas, Bogotá)

bra de respeto; como a nadie, lo amaba el pueblo, y tenía ya su vida su leyenda. De él se esperaban hasta imposibles, y su muerte hará que para muchos todo parezca negro en el porvenir, como son oscuros los campos cuando el sol se oculta. Pero sobrepongámonos al dolor y no dejemos de montar la guardia en torno de la causa a que él lo sacrificó todo. Su puesto quedará vacío, porque nadie podría ocuparlo, pero sus ideales no serán abandonados. Sobre

los laureles humedecidos por las lágrimas que cubrirán hoy su sepulcro, debe erguirse, como el mejor tributo a su alma heroica, la resolución de luchar abnegada, intensa, valerosamente por el liberalismo como el medio mejor de servir a la patria. Ningún homenaje más grato a su memoria, ni más digno de su gloria y de su nombre, para siempre inscritos con honra inmarcesible en los Anales de la República.

(*El Tiempo*, Bogotá).

Herrera

LA afirmación más rotunda y pujante de la democracia en Colombia se ha trocado en la negación de la muerte. El héroe está caído, después de haber librado con alternativas de triunfo la más cruel de las batallas. Cual si en su propio organismo se hubiera repetido la acción de Palonegro, viéronse las cargas increíbles, el avance intrépido y arrollador contra el destino, como antaño contra el adversario, y por último el retiro doloroso cuando todas las municiones, es decir todos los recursos de la ciencia y del cariño, estaban agotadas. Hubo en la enfermedad días de esperanza como hubo en la contienda horas de victoria, pero la fatalidad se impuso en ambos casos, porque es invencible. Lo que un día fué dolor del Partido es hoy dolor nacional. Y por eso los colombianos en masa abrimos calle de honor al Caudillo que pasa hacia la Historia, como en plena madurez, por un prodigio de los Hados favorables, pasó hacia la Leyenda. No invertimos los términos. Verdad es que el hombre legendario supera al hombre histórico. Pero en el análisis desapasionado y penetrante de los hechos humanos, aun el que vió crecer en torno de sus actos la admiración que produce flores de exotismo, tiene que ser sometido a la revisión de la Historia. El hombre que lloramos va hacia ella.

Desde la independencia hasta hoy no ha conocido el país un prestigio más sólido, más amplio, y, lo que es más raro todavía, más sostenido que el suyo. Conocieron el Libertador y los briosos Capitanes de la hazaña grande, horas de delirio, en que la opinión se les rindió como una mujer apasionada. Conocieron Mosquera y Julio Arboleda, Obando y Neira, Uribe Uribe y Reyes las horas crepitantes de la popularidad, la íntegra ofrenda de sus almas hecha por las multitudes entusiastas y ansiosas. Pero conocieron también todos ellos la hora melancólica del desvío, la prolongada indiferencia, el odio devora-

dor, la calumnia. Herrera no! En un momento dado de su vida tuvo a todo el Partido Liberal detrás, como cauda de un cometa de que él fuera el núcleo. Al frente, el Partido Conservador, con todo lo que tiene en valores positivos y en amor a Colombia, mostró las cabezas descubiertas. Pudieron separarse al Caudillo sus fieles Capitanes. Pudieron las intrigas y los chismes abrir grietas en la tersa superficie que formaban sus mejores amigos. El prestigio siguió. En las capitales, lo mismo que en los más apartados rincones del país, su nombre continuó sonando con claro timbre, como el símbolo del desinterés y del desvelo por cuanto en algo se refiera al progreso de la Patria o al bienestar del Partido. La onda de dolor, que ha llevado sus amplias vibraciones donde quiera que alienta un corazón colombiano, es testimonio irrecusable de cuanto tuvo en profundidad y extensión ese prestigio.

Lo ganó palmo a palmo con acciones de guerra, dignas de aquellas que perpetúan en el recuerdo las fiestas nacionales. Y lo ganó con su civismo, con su talento, con la certera visión de sus ojos fulgurantes. El hombre que somete, él sólo, un buque sublevado; que refrena con su serenidad el pánico del barco cargado de elementos, en donde se acaba de dar la voz de incendio; que cruza sonriente por el campo donde el cañón retumba y donde las balas caen en lluvia torrenciosa, tiene algo de homérico. Hubiera podido ser Páez en las Queseras, Rondón en el Pantano o Córdoba en Ayacucho. Desgraciadamente fué superior al escenario. Para sus dotes de estratega, para su pericia, para su valor increíble, se hubiera deseado algo más decisivo y menos triste que una pugna de hermanos. Se hubiera deseado el campo internacional, la Independencia, la compañía de aquellos centauros que se sorbían la pampa y llevaban en sus ojos de fuego la resolución de ser libres. Admirado por técnicos de fuera; idolatrado por sus tropas; respetado por sus adversarios,

a quienes deslumbró con una magnanimidad que daba a su alma un temple superior al del simple heroísmo, en las horas soberbias en que reflejaba su espada el sol de la victoria, hubiera alcanzado la figura continental si nace en otro tiempo. Parecía desprendido del cuadro de los libertadores. Puede decirse que por él conocimos objetivamente a los héroes de antaño y que en él tocamos con nuestras manos mortales lo épico que hubo en los albores del pasado siglo.

En la paz fué un extraordinario ejemplo de lo que puede la educación de sí mismo. Impulsivo, impaciente, hombre de acción enérgica, rápida, definitiva, se dominó hasta el extremo de que durante veinte años fué en Colombia el exponente más alto de la política de compromiso. No se trataba de inteligencias con el enemigo, porque en la paz no hay enemigo. Se trataba de transacciones decentes, de colaboraciones inspiradas en el bien del país, sumadas en robusto haz de buenas voluntades de los diversos partidos. Si en la reacción republicana contra el gobierno del Quinquenio fué Esguerra el grito, Herrera fué la acción, la organización, la eficacia, el factor decisivo en el robustecimiento y en la victoria de esa Unión, que es hasta ahora el ensayo más feliz de patriotismo y tolerancia que han hecho en Colombia los partidos. Años más tarde, Herrera fué el alma de la Coalición, movimiento parecido al anterior, igualmente bien inspirado e igualmente pujante. Bullía en su alma un optimismo contagioso, hecho de fé en la bondad de la causa y de esperanza en el triunfo. Había que verlo, alegre, decididor, lleno de chispa, con la inquietud de todos los dinámicos, alentando a unos, corrigiendo a otros, disponiendo las fichas del ajedrez político, ocupado de sol a sol en los grandes y en los pequeños detalles.

Tenía el dón de mando más auténtico que hayamos conocido. Mandaba con la voz, con la mirada, con el ademán. Y quería ser obedecido sin réplica. En los preparativos aceptaba todas las indicaciones de quienes se atrevieran a dárselas, y aún solicitaba con placidez, con bondad, con modestia, el consejo de quienes sabía y sentía que eran sus amigos. Madurado el plan, ya no quería discusiones. Iba directamente a la solución, como el rayo, llevado certeramente por su sagacidad y por su hombría, contrariando la índole de nuestros políticos vacilantes y tinterillescos, colérico o afable según las circunstancias, preocupado del fin, arrollador, victorioso en su ánima, que es la mejor manera de ser victorioso en los hechos. Era el organizador por esencia. A su paso

todo se ordenaba como por artes de magia. Un gesto suyo daba término a las discusiones y otro gesto hacía aceptar de las multitudes lo que como fruto de sus meditaciones les presentaba. El país entero tenía el sentimiento, que es mucho mejor que tener la idea de su probidad, de su desprendimiento, de su devoción infinita por la Patria, y sus partidarios lo seguían como la sombra, hasta en sus recelos y hasta en sus errores. Para él repetían, consolándose, la frase consagrada: se equivoca de balde. Con esa convicción dormían tranquilos. Un hombre que nada busca para sí en la política, caso raro y maravilloso, es un hombre que merece todas las confianzas. Fué por eso por lo que las tuvo.

A tal punto llegó su autoridad, que el golpe de timón con que cambió bruscamente la política de veinte años no alteró su prestigio. Se le separaron unos pocos, acaso los que más lo querían, pero su popularidad quedó incólume. Fuémos del número. Ni entendimos ni entendemos ese cambio. Y como lo dijimos muchas veces en vida del Caudillo, lo repetimos hoy ante sus despojos sagrados. Condición suprema de la sinceridad es la de evitar congojas de opinión cuando es ya tarde. La sinceridad, aun en el error, es una inyección contra el remordimiento. Nada nos duele en nuestra oposición en dos años de vida política del General Herrera. De lo escrito a ese respecto no queremos, no podemos, no debemos retirar una sola línea. Quedan en pie todas nuestras censuras, con la absoluta seguridad de que ninguna podrá turbarnos el sueño. La honradez nos las dictó, porque jamás será honrado aceptar, por amor o por temor, las medidas con las cuales se halla el alma en pleno desacuerdo. Y las dictó la lealtad. No es de un amigo, no es de un hombre, aplaudir lo que en lo íntimo condena, ni seguir callado en la corriente por miedo a no ser comprendido.

Con la mano del Caudillo entre la nuestra, mientras el alma poderosa luchaba por desprenderse del cuerpo adolorido, fijos los ojos en el semblante que iba palideciendo a medida que se acercaba la torva segadora, pensábamos en las inolvidables deferencias que debimos al amigo, en la compañía de tantos años y en el final desacuerdo, sin que la conciencia, implacable juez, y más en tales circunstancias, nos formulara un reproche. A esa mano, que empezaba a helarse, hubiéramos querido llevar calor de nuestras venas. Y nos hacíamos la ilusión de que, al haberse animado, habría apretado, como apretó durante la enfermedad, con efusión, la que nosotros le tendíamos. Era la mano franca y cariñosa de quien no sintió que el afecto agonizara

cuando nació el desacuerdo. Y era la mano que, al contacto de la suya, sintió el orgullo y la gloria del laurel que ésta cortara en los campos espléndidos.

El héroe está caído. Cayó formulando los postreros votos por la unión del Partido, como cayó el Libertador formulando votos por la unión de Colombia. ¡Elevemos el corazón hasta esa altura y piadosamente escuchémoslo! «De cada gran sepulcro surge una gran resurrección», dijo ante el cadáver de Murillo Toro el doctor Rojas Garrido. Creamos en la profecía y tratemos de que la tumba de Herrera sea un vínculo entre todos los miembros de la familia liberal, venida a menos por

causa de las disensiones. Política amplia, de libre discusión, fraternalmente inspirada, y habremos cumplido el deseo íntimo del Jefe agonizante! Política noble, política patriótica, política de austeridad y de benevolencia, que permita las realizaciones ideológicas y extinga las bacterias de la intriga y del chisme! Así seremos salvos. Así seremos fuertes. Y así, cumpliendo lo mejor que hubo en el alma del Jefe extraordinario en el supremo momento, podremos hacernos la ilusión dichosa de que no lo hemos perdido.

L. E. NIETO CABALLERO

(El Tiempo, Bogotá).

Juana de Ibarbournou...

(Viene de la página 58).

curioso comprobar que ambas hayan pensado en los lirios, y en los lirios morados, para perpetuar su tránsito por la tierra. Oíd a la condesa de Noailles:

Je rêvais sous l'arceau, de la nuit claire
[et lisse;

La Mort m'a pris le bras.

Elle m'a dit: Tu bois la vie et ses délices,
et pourtant tu mourras.

Un étrange, effrayant et douloureux mystère
gèlera tout ton sang...

Ah, le bruit aplati et lourd que fait la terre
quand un corps y descend!...

On te laissera là; peut-être la nuit même
de cet enterrement.

Sur toi qui fus si douce et d'une ardeur
[extrême,
il pleuvra froidement.

Tu dormiras d'un long, épouvantable somme
qu'aucun songe n'émeut.

Tes yeux qui se couchaient dans le regard
[des hommes
seront seuls tous les deux.

Tes délicates mains ou d'autres mains en-
[trérent
pour de si vifs émois

sentiront s'infiltrer quelques grains de la
[terre
par les fentes du bois.

Là-haut, sur la suave plaine, il fera rose,
il fera doux et bleu.

Au cœur du lis ouvert, juillet, o sainte chose
déposera son feu...

Podría multiplicar las citas. Es inútil. Juana no conocía a la poetisa francesa; no lee siquiera el francés. No hay, pues, ni puede haber, el menor asomo de una posible imitación. Hay sí, y esto es lo sorprendente, una tal semejanza de temperamentos, y hasta de realización, que no se puede leer a Juana sin recordar de inmediato a la condesa de Noailles. En las dos

existe el mismo sensualismo exacerbado que hace desear a la francesa «morder al verano como un sabroso fruto». Ambas tienen tan honda la sensación de la Naturaleza que experimentan idéntica necesidad de compenetrarse con ella; el mismo estremecimiento de la materia al llamado de la primavera; la misma erótica violencia a las sugerencias voluptuosas del verano. Más cultivada la francesa, más refinada también, es también más complicada, a veces contradictoria; pero igualmente apasionada y erótica.

Su amplia cultura se transparenta en numerosas alusiones; y su frenesí, más agudo, más afiebrado que el de Juana, se complica con mil citas literarias. Tiene, como la nuestra, el mismo amoroso cuidado por su cuerpo; la misma complaciente delectación en su belleza, a la que mezcla el olor de las frutas y la dulzura de las corolas...

Juana de Ibarbournou, más ingenua, más fresca, no tiene, sin embargo, la fuerza lírica, la sabiduría, la experiencia de la condesa de Noailles, aunque en sus versos sea la imagen generalmente, más transparente y más serena.

De Delmira Agustini, tiene Juana el erotismo franco, aunque también más sano, más fresco y más ingenuo. Hay analogías profundas entre estas dos mujeres, por más que ellas no sean las que acostumbran a señalar con demasiada frecuencia los críticos.

Lo que sorprende ante todo en ambas, es ese fenómeno de espontaneidad, de ausencia de toda cultura y aun de todo ambiente intelectual, que hace de estas dos mujeres, una prueba viviente de ese fenómeno de mediunidad de que habla Maeterlinck como explicación del trance de ins-

piración poética. Para el filósofo belga el poeta no expresa sus propios estados de conciencia, sino aquellos que le dicta, a pesar de sí mismo, un genio, un demon, una musa como la llama el lenguaje popular. Y afirma como argumento, por lo menos desconcertante, esa especie de mandato, de fuerza superior que lo obliga a escribir, y que el poeta obedece como a la voz de un imperioso deber: tal como el médium a las sugerencias de su hipnotizador.

Y cómo se siente uno tentado de dar su aquiescencia a la seductora teoría, ante casos como los de estas dos mujeres sin antecedentes familiares de ninguna tradición poética: sin cultura literaria ni científica; sin lectura casi, alejadas de la Capital en la época en que se gesta y madura el espíritu, falto de toda atmósfera de ideas y sugerencias, que en las grandes capitales, suple para tantos individuos la sistematización de la cultura!...

¿Cómo, en Delmira, pudo surgir tan honda concepción filosófica, tal profundidad de pensamiento, que hizo afirmar a Vaz Ferreira, que es ya asombroso que a esa edad fuera posible, no ya escribir tales versos, pero ni siquiera comprenderlos?...

¿Y cómo, en la lejana ciudad de Melo, oyendo hablar el pésimo lenguaje de nuestra campaña y hasta el de nuestra orgullosa Capital, puede Juana de Ibarbourou escribir sus versos impecables, de un casticismo, de una pureza verbal y de una riqueza de léxico admirables?... ¿Qué demon le dicta al oído esas expresiones de una sencillez y de una claridad de agua de fuente; ese gusto seguro, preciso, que limpia su estrofa de todo lugar común, de toda vulgaridad, y la viste con imágenes de una elegancia tan fresca y tan graciosa?...

Es preciso aceptar la explicación de Maeterlinck; o bien considerar al poeta como una fuerza más que brota de la Naturaleza con la misma misteriosa vitalidad de las otras fuerzas. Lo mismo es confesar nuestra ignorancia y nuestra incapacidad frente al Misterio. Saludemos en Juana de Ibarbourou, «a la diosa del trigo y de la avena», como ella misma se define, y bendigámosla por haber perfumado las letras uruguayas con todo su «olor a sol y a heno, a salvia, a yerbabuena y a flores de centeno», pero sin pedirle el secreto último de su gracia, de su encanto, de su juvenil belleza, como no se lo pedimos a las rosas, a la primavera, al arroyo que canta, ni a la nube que pasa...

LUISA LUISI.

(La Nación, Buenos Aires).

Este novelista chileno...

ESTE novelista chileno tiene la fecundidad estupenda de los grandes de España. Los yanquis, estos modernos profesores de energía, creen que los hombres de España y de América nos pasamos la vida cara al cielo entonando canciones de amor al melancólico son de la guitarra. Error del siglo: la energía está hoy en España y en nuestra América y los flojos son ellos, los petroleros y los fabricantes que por miedo de pensar se ponen a trabajar locamente con las manos... y con los pies. Porque nosotros hemos dado el milagro de un Lope de Vega, aquél que hace varios siglos escribió tantas comedias, tantas que según él

en horas veinticuatro
pasaban de las musas al teatro.

Y sin entrar en comentarios de cosas de antaño, les mostramos ahora la obra insuperable y larga de un Pérez Galdós, de un Unamuno, de Blasco Ibañez y de un Eduardo Barrios. Porque este escritor tan joven ha escrito ya varios miles de páginas llenas de aciertos estéticos y de verdad.

Se inició con una novela realista que tuvo poco éxito entre la burguesía de su país: *Del natural*. Inquieto de juventud y de entusiasmo quiso ensayar todos los géneros y lanzó su obra de propaganda: *Mercaderes en el Templo*, *Por el decoro*, *Lo que niega la vida*, le dieron un alto lugar en el teatro de Chile. A pesar de todo sigue siendo un desconocido para la mayoría de la gente culta de América. Sólo cuando aparece su libro *El niño que enloqueció de amor* se decide a aplaudirlo la crítica oficial. Esta obra es el mejor análisis de psicología infantil que se ha escrito en nuestro continente. Los que tienen el prurito de la «literatura comparada» nombraron a Daudet; los moralistas vieron ciertos detalles sumamente realistas; las mujeres cultas y los poetas comprendieron el fondo humano de la obra y dijeron que era un acierto digno de los grandes maestros de la novela. Y Eduardo Barrios silencioso y humilde como siempre siguió en su obra de arte. Y he aquí que repentinamente nos lanza un drama ibseniano y fuerte que todavía no pueden apreciar en su valiente democracia. *Vivir* es para mí su obra maestra por su pasión y por su gesto otra vez intensamente humano. Y *Vivir* no se representa y se olvida, porque no puede ser un gran éxito en las tablas, porque en Chile no hay actores y porque la sociedad austera y mediocre halla el pro-

blema allí planteado y resuelto demasiado crudo.

Después de la publicación de este drama, Barrios concentra su atención y su trabajo en un libro que él desea obra maestra. Y trabaja desesperadamente en *Un perdido* y nos entrega un libro de cerca de 500 páginas, cuyo valor principal es el de ser una novela genuinamente americana. Y digo valor principal, no porque sus otros valores sean inferiores, sino porque demuestra a nuestros jóvenes europeizantes que tenemos un tema americano tan noble y tan fecundo como el cosmopolita. Dice Manuel Gálvez en su introducción a la segunda edición de *Un perdido* que este es un libro «típicamente realista, lo cual quiere decir que las cosas ocupan en él más lugar que las almas», lo cual es un error. Porque en *Un perdido* como en todos sus libros lo principal es el análisis de vidas, la creación de caracteres que como papá Juan, mamá Gertrudis, Lucho y tantos otros se incorporan al grupo vivo de gente conocida que preocupa nuestra atención. Naturalmente que las cosas ocupan en la novela aparentemente más lugar que las almas, pero esta es sólo una manera de hacer, de crear ambiente, de modo que las cosas completen a los caracteres.

Barrios es de un temperamento netamente romántico. De aquí que la mayoría de sus héroes sean personajes idealistas y vencidos por la vida. Pero como lo exterior de toda novela contemporánea debe ser totalmente natural—sin exageración romántica—resulta la dualidad.

Su última novela *El hermano asno* está escrita en una prosa cristalina y sencilla. Ofrece algo del encanto de la prosa de Valle Inclán pero es más llano que el autor español. Es este un quietista. El paisaje viene hacia el autor, sereno, melodioso. Parece que sobre el libro hay tendido un gran silencio. Este libro está escrito en tono menor, con una sencillez bíblica, parece que el autor después de haber entrado en la floresta de los místicos de España ha salido de ella perfumado de humildad y de fervor místico, de amor por los seres y por las cosas. Los místicos españoles que pueden inspirar una novela llena de platitudes y de monotonía como lo es Pepita Jiménez, son fuente de inspiración donde los espíritus selectos hallan exquisiteces insospechables. Barrios se nos muestra, especialmente en las últimas páginas del libro, como un escritor fuerte y bien definido. Hay una fuerza americana en este

libro, una fuerza que proviene del recio temperamento del autor y no del verbalismo colorista de nuestros escritores. *El hermano asno* es la novela mejor escrita que hemos leído en estos últimos tiempos en lengua castellana. Pérez de Ayala, tal vez más técnico que Barrios, no posee el estilo melodioso de este autor chileno. Valle Inclán es más elegante pero se repite demasiado. Unicamente Baroja y Unamuno nos conmueven más con sus caracteres tan diversos: indiferentes y «manfutistas» y los otros tan humanamente apasionados.

Hace algunos días publicó Barrios su último libro, *Páginas de un pobre diablo*. Consta el libro de cuatro cuentos, o por mejor decir, de dos novelas cortas y dos cuentos. Todo muy chileno. Lo mejor de este libro es *Canción*, un idilio de amor roto en flor. Mucha ternura, nobleza y elevación en los caracteres, y una emoción de paisaje que da a la historia el encanto principal. Una historia un tanto poeana es *Antipatía*. El autor está fuera de su centro en estos temas tragi-cómicos. El cuento que da su nombre al libro es lo más representativo de su manera de hacer actual. *Un pobre diablo*—¿cuántos no hay?—es un poeta y estudiante venido a menos. Para vivir tiene que trabajar. ¿Y dónde? Lo único que encuentra es una CASA DE POMPAS FÚNEBRES. Y aquí tenemos su espíritu delicadísimo en un ambiente terrible en que la tra-

gedia objetiva de los ataúdes se aumenta con el cinismo y la vulgaridad del dueño de la empresa. La neurosis alarga sus antenas y la locura hace piruetas en el cerebro de este muchacho, estudiante y poeta.

Hemos repasado rápidamente las obras principales de Eduardo Barrios. Repetiré una vez más que su obra es digna de aplauso por el elemento americano y por la sinceridad artística. Barrios es uno de los pocos novelistas—¿acaso el único?—que sin haber salido de su país son conocidos en todo el continente. Entre lo novelistas chilenos de hoy su personalidad es inconfundible. H. Díaz Arrieta, tan artista, parece que se ha quedado en la promesa soberbia de su *Sombra Inquieta*. Rafael Maluenda no nos ha dado aún una novela larga. Santiván, Latorre, Edwards, Bello, Labarca? Unos un tanto pasados de moda, estilo Blasco Ibañez; los otros desalentados en un ambiente ingrato. Hace algunos meses murió en Chile nuestro Baldomero Lillo, uno de los autores de cuentos más representativos de nuestro continente. Pues bien, aquí donde leemos tanto a Vargas Vila, Zamacois, López de Haro, etc., Lillo era un desconocido. Lo único que nos hace dudar del talento de Barrios es su gran popularidad en América.

ARTURO TORRES RIOSECO

Minneapolis, Minn., 1924.

Dietario en Zig-Zag

Amigo García Monge:

Sigo molestándolo con el diluvio de mis recortes. Ví los primeros dietarios publicados en los números del REPERTORIO del 3 y del 11 de diciembre. Leo con mucho gusto su semanario. Siempre encuentro cosas que sin él no hubiera podido leer. No conocía al poeta Luis Franco. También me han parecido buenas las caricaturas de Paco Rodríguez Ruiz. ¿Sigue la actividad literaria en Costa Rica? Cuando la revista reaparezca le rogaré me ponga otra vez en comunicación con los amigos.

Un abrazo para Ud.

RAMÓN VINYES

Cinema

TIEMPOS ha, leímos un libro de realizaciones cinematográficas escrito por Pierre Albert-Birot.

El autor clamaba por el advenimiento del arte en la pantalla. Y decía: «No se trata de pedir al cinema la realidad aparente; se trata de pedirle la realidad verdadera que ve el poeta». Iban, a continuación, y escritos por el mismo Pierre Albert Birot, esbozos de films novedosos y artísticos... más novedosos que artísticos. Se renovaba el cinema a base de darnos, por la tramoya, las sensaciones internas de los actores bajo las impa-

sibles máscaras habituales. Y todo a gran velocidad y a gran trepidación. Forma nueva; fondo absolutamente vulgar y usado: pecado capital de toda la escuela que va de Guillaume Apollinaire para adelante.

También nosotros pediríamos para el cine la verdadera verdad que ve el poeta; no las desarticuladas y fáciles creaciones de Pierre Albert Birot. Partimos de un mismo programa y nuestros caminos forman ángulo agudo. Es que la *realidad* del poeta nunista se apoya en el nunismo y nosotros pediríamos una realidad poética realizada sin programa.

Pocas veces hemos visto en el cinema una completa realización artística. Casas alemanas productoras nos han dado aceptables y costosas reconstrucciones históricas; tipos bien estudiados (anotemos el afeminamiento psicológico de un Yago en una edición de Otello. Anotemos algunos tanteos de cubismo en el Doctor Calligari, película entre Poe y Hoffmann). Pero las reconstrucciones resultan expuestas y difíciles. Un mundo extinto requiere un arcaísmo que los actores traducen en artificio. Además se llega a situaciones que imponen tramoya y falsedad y la falsedad trasciende, gotea, mancha.

Casas norteamericanas nos han dado comedias—(execramos la película de series)—que tal vez sean lo más acertado en la especial concepción que nosotros tenemos del cinematógrafo actual: arte yankee. Son—con la colaboración de magníficos hombres de oficio—comedias de lance, de enredo, de ingenuidad, de infantilismo, con gracia gruesa y van bien sin palabras.

No admiramos a Charles Chaplin. Charlot es el circo en la pantalla, el clown. Saca su éxito del contraste brusco entre la farsa y el melodrama; enjuga las lágrimas de los sensibles con unas tijeras. Este inverosímil zig-zag, este improvisado grotesco, son su arte. Inglaterra traspasó a Norte América el clown, genuina invención suya. El clown reemplazó en los dramas ingleses de la época elisabethiana al coro antiguo; solamente que, en vez de explicar la situación, la parodiaba. La película convirtió al clown de film, con Chaplin, en producto y en arte *norteamericano*. Nosotros pedimos *Arte*.

Las casas francesas tamizaron las películas de las diversas naciones—nórdicas, sobre todo—para dejarlas de una francesa nitidez—empolvadas y perfumadas. Nos dan series con rincones elegantes y sin los malabarismos norteamericanos. Nos dan reconstrucciones llenas de las ternuras fáciles que van de Lamartine a Musset. Nos dan dramas mundanos espurgados de los caprichos de las caprichosas estrellas y con elegancia total, intensa y apagada.

Hemos dejado expresamente para último lugar las casas italianas. Vienen todas sus películas con la etiqueta del país, y se llega a la forma sislogística siguientes: Italia país del arte, ergo películas que salgan de Italia películas de arte. Pasamos por encima del bluff de la Bertini. Y nos encaramos con una artista de nombradía no tan trompeteada como la de la estrella máxima: Maria Jacobini. Frecuentemente hemos visto en las películas que ella interpreta una singularidad: la singularidad del paisaje. ¿A quién se deberá? No lo sabemos. Pero para

nosotros el camino del film María Jacobini es uno de los caminos más cortos para una completa realización artística cinematográfica.

En una obra de arte ha de hallarse todo lo que exige la realización. Precisa aprovechar el elemento más alejado, buscando que todos los elementos reunidos se fundan en completa armonía: acción, sentimientos, paisajes, tipos, actitudes, ambiente, vestidos, interpretación. El paisaje completa, precisa, auna. Lástima que la intuición de los films Jacobini y la fuerza de la actriz, fracasen por los asuntos puerilmente sentimentales a que se la somete.

Y la teoría que sentamos para el paisaje la sentaríamos por la falta de vida y de realidad en las reproducciones. Recordemos que en «Cabiria» caían de una muralla—a las vistas—sacos pintados que querían fingir piedras. Nada debe faltar en lo que se quiera hacer. Debe llegarse entero y completo a la meta. Que la reconstrucción no sea vista, que sea viva; que el drama actual sea vivo como la reconstrucción, vivo, con todo lo que pueda ayudar para sacarlo de la realidad aparente elevándolo a realidad verdadera.

Italia se ha acercado al arte con los films Jacobini lo que se ha acercado Alemania con los films que reconstruyen épocas pasadas. Pondríamos al lado de *Resurrección*, el *Don Juan* y *Fausto*. Pero falta a las películas de ambos países productores el algo que es el todo: la Perfección. Y la obra-cumbre no aparece en ninguna de las tan sonadas noches de arte alemán o de arte italiano. (Esperemos lo que la producción cinematográfica de Italia haga de definitivo con el film que se entresaca de la novela de Mussolini, *Claudia Particella*).

Y hasta que la realización no llegue, confesamos que a una costosa reconstrucción o a un drama con pretensiones trascendentales, preferimos una comedia ingenua a lo Charles Ray. El no proponerse nada, la acerca más al linde que las películas que quieren volar... y carecen de alas.

RAMÓN VINYES

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª avenida O. y calle 4ª S.

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho: Frente a la 2ª Sección de Policía

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

TELÉFONO N° 899

Quien
habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

SIROPE
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÉUDICO

VERMÍFUGO

INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA

EL MEJOR TALCO

Delicioso perfume

Antiséptico

Uselo usted

PIDALO

en todas las BOTICAS

